

Legendarium I

Legendarium I

Cuentos de fantasmas,
asesinos y sacamantecas

Antología compilada por
Javier Pellicer y Rubén Serrano



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#legendarium

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror
www.fantasiayterror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: Legendarium I

Autores: ©2012 Ivan Mourin, ©2012 David Jasso, ©2012 Ángel Villán,
©2012 Pedro L. López ©2012 Nuria C. Botey, ©2012 Tony Jiménez,
©2012 Anna Morgana Alabau

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-383-7

ISBN Digital: 978-84-9967-384-4

Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en España

Imprime:

Maquetación: produccioneditorial.com

Depósito legal: M-16920-2012

Índice

Prólogo	11
¿Quién duerme bajo tu cama?.....	15
Ivan Mourin	
El teléfono.....	37
David Jasso	
El loco del bisturí.....	43
Ángel Villán	
La masía	57
Pedro L. López	
La Virgen de la Paloma	65
Nuria C. Botey	
La estaca.....	73
Anna Morgana Alabau	
Mariquilla	81
Tony Jiménez	
Sobre los autores	105

Prólogo

Un *legendarium* o legendario es un compendio de leyendas, es decir, un repertorio de esas historias fantásticas o imaginadas que se cuentan como si hubieran ocurrido de verdad y que forman parte de la cultura popular. La leyenda es una narración tradicional que incluye elementos ficticios, a menudo sobrenaturales, la cual se transmite de generación en generación, sufriendo con frecuencia en ese proceso supresiones, añadidos y modificaciones, especialmente para adaptarse al espacio y al tiempo al que pertenecen el narrador y su audiencia.

La leyenda suele estar ligada a un elemento preciso, que se integra en el mundo cotidiano o la historia de la comunidad a la que pertenece. A diferencia del cuento, la leyenda sucede habitualmente en un lugar y un tiempo reales, reconocibles por el oyente o lector, aunque eso no quita para que se incluyan elementos fantásticos.

Las leyendas nacen con el hombre primitivo y su necesidad de dar una explicación a los misterios del universo de una forma inteligible para su mentalidad. A tal fin, aparecieron leyendas que eran expresiones de las creencias y sentimientos humanos, y no una mera invención recreativa. Al igual que los mitos, tenían un sentido religioso. No se relataban para entretener ni divertir, sino para transmitir un conocimiento fundamental.

Fruto de la invención de un individuo, las leyendas eran adoptadas posteriormente por otros y ampliadas con nuevos detalles para llenar los huecos. Si se extendían y eran importadas por otros pueblos, se adaptaban a su medio hasta acabar considerándose como propias.

Pero el término *leyenda* no aparecería hasta la Edad Media, y sería para designar las vidas de santos, más o menos fantaseadas, que habían de ser leídas en los círculos monásticos. Y sólo más tarde, con el romanticismo, se identificaría la leyenda y su formación popular con su particular idea de la historia, entendida esta como «manifestación del espíritu de un pueblo que ennoblece su edad heroica».

En la actualidad, la leyenda constituye un género narrativo concreto que actualiza —o inventa— una mentira literaria preexistente.

Las leyendas son testimonio vivo de la historia y del saber popular que integran el acervo folclórico.

Hay temas recurrentes dentro de las leyendas, que se repiten en relatos de diferentes culturas, como es el caso del diablo, tesoros o determinado tipo de personaje, sufriendo algunas variaciones en su contenido.

En el caso concreto de las leyendas en España, estas mezclan tradiciones muy disímiles, de procedencia celta, ibérica, romana, visigoda, judía, árabe... Por ello, se trata de uno de nuestros más importantes bienes culturales, herencia de la memoria de un pueblo multicultural como es el español.

La abundancia y variedad de las leyendas de nuestro país es tal que sería absolutamente imposible recogerlas todas en un único volumen. No obstante, diferentes autores hemos querido hacer nuestro particular homenaje al *legendarium* español a través de diferentes relatos basados en leyendas tradicionales de nuestra piel de toro.

Así, en el presente trabajo ofrecemos nuestras propias versiones —y visiones— de diversas historias pertenecientes a diferentes regiones de España, recogidas de punta a punta, desde Cataluña hasta Andalucía y desde Galicia hasta Baleares, abocándonos no sólo a las leyendas populares sino también a aquellas narraciones que se escuchan cotidianamente en la ciudad. Y es que también hemos querido tocar alguna que otra leyenda urbana, esas historias que forman parte del folclore contemporáneo y que, a pesar de contener elementos sobrenaturales o inverosímiles (generalmente emparentados con algún tipo de superstición), se presentan como crónica de hechos reales sucedidos en la actualidad.

Con todo ello hemos compilado una antología de relatos que pretende seguir alimentando el imaginario popular con historias fabulosas, cargadas de misterio. Pero, a diferencia de las auténticas leyendas, las nuestras no pretenden explicar nada ni están al servicio de las creencias de la sociedad. Sólo buscan proporcionar una nueva vuelta de tuerca a algún tema ya existente, trastocando deliberadamente la historia original en la que se asienta para dar paso a una nueva versión. Y todo ello con un fin meramente recreativo, para entretener y divertir al lector con nuevas mentiras literarias que, sin embargo, recobran el verdadero origen etimológico de la palabra leyenda: obras para ser leídas.

En este pequeño muestrario hay historias de fantasmas y espíritus atormentados, de brujas y vampiros, de seres malvados, de lugares encantados y sucesos sobrenaturales, de misterio y horror, de amores imposibles... Son relatos fantásticos cargados de elementos imaginativos, cubiertos de matices y siempre adornados con el fino velo de la fantasía, en los que cada autor, abriendo la puerta a la inventiva, ha sabido dotar a su texto de su propia impronta personal. Esa es la magia de la literatura.

Ojalá que estas narraciones sobrevivan igualmente al paso del tiempo y, algún día, sean también leyenda.

Hasta entonces, sólo esperamos que las disfrutéis.

Javier Pellicer y Rubén Serrano

El loco del bisturí

Ángel Villán

Continúan los ataques del «loco del bisturí», que sin dejar aún testigos de sus agresiones, ha tomado la leyenda de hombre invisible. Las víctimas aseguran haber viajado solas en el vagón, y que nadie se acercó a ellas durante todo el trayecto en el suburbano.

El Alcázar, 1 de abril de 1959.

—**J**oder, ¿aún no has vuelto a casa, Sayabera? —El joven inspector alcanzó el asiento de su compañero y se sentó a su lado—. ¡Vaya rebote has pillado con el comisario!

Anselmo Sayabera apuró las últimas caladas del cigarrillo y exhaló el humo envuelto en un suspiro de hastío y abatimiento, humo que se alzó hasta las paredes cóncavas de la estación del metropolitano, ennegreciendo los azulejos otrora perlas de modernidad y progreso.

—Y bien, Ulloa, ¿tú qué esperas que haga? ¿Aceptar que se use a un pobre demente como chivo expiatorio? ¿Poner a la gente, sí, esa gente que juramos proteger, como cebo? Es una locura.

Entre sus dedos arrugaba por enésima vez una de las hojas arrancadas de su libreta.

—Pero ya oíste al comisario. —miró alrededor, cerciorándose de que seguían sin tener ningún oído curioso—. No hay forma de atrapar a este psicópata. Es como... si fuese...

—¡Otro imbécil con el cuento del hombre invisible! —Sayabera estalló, levantándose del banco de un respingo y haciendo volar su gabardina.

—¡Pero ya has visto las declaraciones de los testigos! —se defendió Ulloa.

—A la gente le encanta exagerar y engordar el mito, la leyenda —bufó, lanzando la colilla encendida a las vías.

—¿Y a tus compañeros del cuerpo también les gusta hacer eso?

Sus voces retumbaron en los azulejos de la solitaria parada durante largos segundos, adueñándose del silencio nocturno propio del suburbano a esas horas.

—Yo sólo digo que atacar a su ego de esa forma, anunciando la falsa detención, censurando las noticias de los nuevos ataques... es peligroso. Demasiado peligroso. Y gente inocente resultará lastimada.

Sayabera negaba con la cabeza, resistiéndose a la idea de poner al pueblo como cebo.

—Pero esa es la idea: provocarle, que rompa su perfecto *modus operandi* y cometa la equivocación que nos permita atraparle.

—O que se vuelva más sanguinario y rabioso —replicó él—. No quiero a un psicópata rabioso rodeado de gente.

Uno de los últimos trenes arribó a la estación y se apearon un par de hombres, mientras el conductor ojeaba para ver si los inspectores se decidían a subir o no.

—Hasta mañana.

Sayabera cruzó el umbral de las puertas cuando escuchó la última respuesta de Ulloa de entre los ruidos de la maquinaria: —Quizás... un poco de ensañamiento sirva para acabar con semanas de ataques —dijo antes de que las puertas los separasen.

El razonamiento propio de Maquiavelo punzó su honradez y tambaleó la convicción de lo que era justo o no. ¿El fin justifica los medios? No, jamás lo había justificado, y jamás estaría de acuerdo con eso.

Anselmo se dejó caer sobre el asiento y relajó las piernas. Por un momento pensó en encenderse otro cigarrillo, el vagón iba prácticamente vacío y no molestaría a nadie, pero acabó desechando la idea. En su lugar, sacó el paquete de tabaco y lió un

par de nuevos pitillos antes de que llegase a la estación de Menéndez Pelayo.

Las puertas se abrieron a la par que él guardaba los cigarrillos recién liados, y cuando se levantó para apearse del tren, escuchó gritos de mujer.

Saltó al andén y miró en ambas direcciones, pues la acústica de la estación le impedía localizar de dónde venían las voces. El andén estaba prácticamente desierto; sólo un par de hombres se habían parado, curiosos, al escuchar los gritos.

Anselmo pensó que había ocurrido en otro vagón, pero a través de las ventanillas observó revuelo en el otro andén. Instintivamente echó su mano a la cintura, acariciando la culata del revólver, y comenzó a correr hacia la parte trasera del convoy, sin dejar de escudriñar entre ventana y ventana lo que sucedía al otro lado. Vio a dos mujeres, histéricas, que no dejaban de mirarse mutuamente las piernas por las que corría la sangre. Impaciente por llegar al otro andén, palmeó con fuerza las ventanas hasta que el tren comenzó a moverse. Se disponía a saltar a las vías para cruzar rápidamente al otro lado cuando vio lo que parecía ser alguien pequeño y escurridizo saltando desde el otro lado, echando a correr hacia la negrura del túnel.

—¡Alto! ¡Alto a la policía! —gritó desde lo alto, pero la silueta ya había desaparecido.

Se cercioró de que ningún otro convoy se acercaba y saltó a las vías, dispuesto a perseguir al agresor. Era la primera vez que alguien tomaba contacto visual con él y no podía desaprovechar la ocasión. Echó a correr, ya con la pistola en la mano, y volvió a gritar a la oscuridad:

—¡Alto a la policía!

Siguió adentrándose en lo profundo del pasaje, viendo cada vez menos delante de él y sin atisbar dónde se podría haber metido el escurridizo asaltante. Apretó con fuerza el revólver entre sus dedos y lo encaró hacia delante, temiéndose una posible emboscada. Al no aparecer el maleante, temiendo que ya hubiese escapado corriendo túnel adelante, y con la Ley de Fugas en la cabeza, la cual le permitiría disparar a quien omitiese en tres ocasiones la orden de «alto» de la policía, gritó por tercera vez.

—¡Alto a la policía!

Escuchó unos segundos, y cuando su voz se perdió en el túnel, disparó. El tiro resplandeció como un relámpago y retumbó en el subterráneo como un trueno. Los breves instantes de luz le mostraron el túnel desierto, el tipo se había esfumado.

Estaba agotado por la carrera y desalentado por perder al sospechoso, pero no se dio por vencido, mantuvo el brazo en alto, sin dejar de apuntar al vacío, esperando cualquier ruido delator.

Notó entonces un pequeño cosquilleo en su brazo, y un segundo después, la calidez de su sangre correteando hasta el codo. Alarmado se giró en todas direcciones, buscando al loco del bisturí, pero sólo encontró oscuridad y el lejano resplandor de la estación. Sintió otro corte en la espalda, se giró y disparó, rebotando la bala unos metros más adelante y haciéndola silbar por el túnel.

—¡Sal de donde quiera que estés!

Mucho más evidentes, sintió dos cortes más en el muslo, pudiendo escuchar incluso cómo desgarraba la tela del pantalón. Aunque los cortes apenas dolían, la sangre chorreaba por su pierna, empapando el pantalón, al igual que su camisa absorbía la sangre de los otros cortes. Otra caricia en el brazo, y él volvió a disparar, sin poder ver nada en el destello. Otro más en la espalda y Anselmo comenzó a desesperarse. Sentía la terrible necesidad de taponar esas heridas por las que notaba que se desangraba, pero debía estar atento y cazar al psicópata. Escuchaba la tela rasgarse y algún que otro roce en el suelo, pero era imposible localizarle. Angustiado, se desprendió de la gabardina y apuntó con las dos manos, sin dejar de girar, agudizando el oído.

Su pantalón volvió a mojarse con su sangre, esta vez ni había sentido el corte en la nalga. Rabioso, se dio la vuelta y volvió a disparar. Sabía que ya sólo le quedaban dos balas, y no podía desaprovecharlas.

Caminó a un lado del túnel y, antes de pegar la espalda contra la pared, le habían cortado dos veces más. Quería salir corriendo de allí, volver a la seguridad de la estación, curar las profundas heridas que no dejaban de sangrar y poder ver al malnacido que le estaba saando sin piedad, pero sabía que aquello conllevaría o bien su muerte, o bien la fuga del criminal. Se mantuvo pegado a la pared, tembloroso y angustiado por recibir más y más cortes, sin dejar de escudriñar la claustrofóbica oscuridad de su alrededor. Pudo verle durante un segundo: una sombra

que se echaba sobre él desde el suelo, incluso el brillo metálico del bisturí, pero fue demasiado tarde. El tajo le cruzó la cara de arriba abajo, notando ardor en el ojo y, sin poder remediarlo, llevándose la mano a la cara, mientras con la otra volvió a disparar, preso de rabia.

Entonces lo escuchó, la catenaria comenzó a temblar y un silbido se hizo cada vez más notorio: se acercaba un tren. Sus faros iluminaban la curva del túnel a lo lejos, al mismo ritmo que calentaban el corazón abatido de Sayabera: ahora podría ver al loco y meterle una bala en la cabeza. Con una extraña sonrisa, esperó dando vueltas sobre sí mismo, buscando al susodicho, ignorando la grave herida de su cara. El tren se acercaba y se echó a un lado, empuñando con más determinación que nunca el revólver. El convoy llegó hasta su altura, pero no pudo ver en ningún momento al escurridizo.

—¡Aparece, bastardo! —gritó de forma casi inaudible por el estruendo del tren.

Desorientado, volvió a girar sobre sus pasos y notó un nuevo cuchillazo en el costado. Rabioso se giró y disparó la última bala a la silueta que se cruzó delante de él sin saber tan siquiera si era él o una simple sombra proyectada desde el tren en movimiento.

—¡Cabrón!

Presa de la rabia y el aturdimiento, sólo consiguió esquivar al otro tren que venía en dirección contraria por cuestión de milésimas de segundos. Se tiró contra la pared y rezó porque pudiese seguir entero una vez pasase el convoy. También escuchó un ruido sordo, y cómo el maquinista echó el freno del tren, provocando una fuente de chispas que iluminaron todo el túnel.

Anselmo cruzó una malévola sonrisa en su cara, pensando que su agresor no había podido esquivar el tren como lo hizo él.

Unos segundos después, el tren se detuvo por completo y él caminó hasta la cabecera del mismo. El conductor ya había bajado, alumbrando con un aparatoso farol las salpicaduras de sangre que había en la esquina del vagón de cabecera. Sayabera pudo ver que se encontraba blanco, y su cara terminó por desencajarse cuando vio aparecer al inspector.

—¿Está... está vivo? Lo... lo siento ¿Se encuentra usted bien? ¿Qué hacía en el túnel? Yo no... no he podido...

—No me atropellaste a mí, y no lo sienta, sólo acaba usted de barrer escoria.

Sintiendo la sangre fluir por todas sus heridas, marchándose de su cuerpo a la misma velocidad que sus fuerzas, consiguió arrebatarse el farol al conductor y buscar por entre las ruedas el cadáver despedazado.

Pero ni en ese momento, ni en toda la noche en la que duró la búsqueda de la policía, se encontró cadáver alguno.

—¿Otra vez con esa mierda, Sayabera? —Ulloa miró con desaprobación el brazo vendado de su compañero.

Él sólo se limitó a soltar un gruñido como contestación, dejando de hacer malabares con el bisturí con el que jugaba entre sus dedos, pasándolo de uno a otro, girándolo y haciendo mil piruetas con él. Cayó sobre la mesa, haciendo un característico tintineo al chocar el marfil de su mango contra la madera barnizada. Ulloa se volvió a fijar en las pequeñas inscripciones, talladas a mano, que poblaban el marfil de punta a punta de aquel bisturí que Sayabera había adquirido poco después de salir del hospital.

—Terapia de choque y todo lo que tú quieras, pero rajándote así te comportas como un suicida —volvió a la carga Ulloa.

Anselmo Sayabera levantó la cabeza y le miró fijamente. Sabía que Ulloa lo detestaba; su mirada le incomodaba. El aspecto de Anselmo se había deteriorado como si hubiesen transcurrido el doble de años: pelo corto pero enmarañado y salpicado de canas, profundas arrugas en la cara y una barba de muchos días, por supuesto totalmente desarreglada. Pero lo que más destacaba era la profunda cicatriz que nacía en la sien y bajaba en diagonal sobre su ceja, nariz y labios. Su ojo, totalmente inutilizado, brillaba hundido, grisáceo y pálido bajo la luz de la oficina.

Desde su enfrentamiento con el loco del bisturí hacía ya doce años, se había autoimpuesto el rol de poli malo en la comisaría, ocupándose siempre él de tratar con la peor calaña de todo Madrid. Con el paso de los años se había ganado una merecida fama de actuar bajo formas poco ortodoxas y muy contundentes, diluyendo con el paso del tiempo el estricto sentido de la justicia con el que ingresó en el cuerpo. A cada vaso de whisky que bebía

todas las noches, su carácter se enrudecía y no cesaba su obsesión con lo que sería su eterno enemigo.

El cadáver del loco del bisturí jamás se había encontrado, lo que fomentaba la paranoia de que aún seguía vivo y coleando. Desde hacía doce años investigaba cada entrada y salida de los psiquiátricos de Madrid y alrededores, cada caso de navajazos, cortes y agresiones con cualquier arma cortante, especialmente aquellos entre los que se veía involucrado algún enfermo mental.

—Tú verás lo que haces —Ulloa terminó el monólogo soltando una carpeta en el escritorio de Sayabera—, pero el comisario ha pedido que te encargues rapidito de estos camorristas vallecanos.

—Inspector Ulloa, le he repetido demasiadas veces que guarde el respeto con sus superiores —respondió Anselmo con voz ronca y grave, señalándole con un dedo tranquilo pero amenazador.

Tras unos segundos de duelo visual, Ulloa se dio por vencido y sacudió la cabeza:

—Veo que jamás dejaré de ser el inspector novato. Como quiera usted, inspector Sayabera.

Se dio la vuelta y caminó entre las mesas del resto de inspectores, notando aún en la nuca la mirada del huraño Anselmo.

Se encontró con un compañero que, cortándole el paso, le abrió frente a sus narices una carpeta. Nada más leerla giró instintivamente la cabeza en dirección a Sayabera, encontrándose con su mirada y dándose cuenta del simple error que significaba mirarle así.

Anselmo, desde su mesa, pudo ver en los gestos del otro inspector cómo le preguntaba a Ulloa si debía entregarle ese informe o no, y su nerviosismo al negárselo rotundamente.

—Ni se te ocurra, date la vuelta y haz como si esta denuncia jamás la hubieses visto —dijo Ulloa casi en susurros, arrebatándole la carpeta de entre las manos.

Le miró a los ojos para reafirmar su orden, pero se encontró que el joven inspector miraba detrás de sus hombros con cierto aire asustado. Antes de escucharle ya se temió lo peor.

—¿Qué denuncia? —dijo Sayabera detrás de él.

Ulloa maldijo para sus adentros, tragó saliva y se esforzó en demostrar la más absoluta indiferencia:

—Nada, una tontería sin importan... —Antes de que terminase la frase, Sayabera ya le había arrancado la carpeta de las manos—. Tranquilo, Sayabera...

Anselmo leyó de un vistazo el informe y una sádica sonrisa se dibujó en su cara.

—Estoy muy tranquilo, Ulloa. ¿No ve que ya lo estaba esperando?

Se giró raudo hacia su mesa, mientras Ulloa lo seguía nervioso.

—Será una coincidencia, no puede ser él, está muerto —Sayabera ignoró las palabras de Ulloa y se inclinó sobre los cajones de su escritorio—. O un imitador, ¡eso es! Un imitador.

Anselmo se guardó las dos recargas rápidas de tambor en el bolsillo de su gabardina y desfundó su revólver, comprobando que las seis balas seguían aguardando en el interior. Cuando lo cerró con un rápido movimiento, sonó un chasquido y lo enfundó de nuevo en su cintura.

—¿Una coincidencia? ¿Un imitador? Ulloa, debería leer con más atención. Debería ser más observador —reprendió con desprecio—. ¿O acaso no es usted inspector?

Abrió frente a las narices de Ulloa la carpeta y señaló con el dedo violentamente:

—Doce cortes profundos. La chica ha muerto desangrada en el metropolitano, con doce cortes profundos de bisturí.

Pero no significó nada para él, y así se lo dijo con la mirada contrariada.

—Joder, Ulloa. Doce, doce. Doce tajos me metió a mí. Hoy hace doce años exactos desde que me atacó, y eso lo sabemos sólo nosotros y él. Por fin ha vuelto, y esto es un reto. Un reto, sí, pero esta vez no se escabullirá.

Sayabera continuó su camino apartando a Ulloa de un empujón, reprendiéndole y diciendo algo que Anselmo ya no escuchaba. Ahora todos sus pensamientos estaban copados por él, por el loco del bisturí, el bastardo escurridizo que le estaba esperando en el metropolitano.

En los siguientes días olvidó la realidad del mundo exterior y vivió íntegramente en el suburbano madrileño. Dedicó día y noche

a recorrer la línea uno, sus estaciones, esperándole a cada momento. Por el día no dejaba de viajar desde Plaza Castilla hasta Portazgo, obsesionado por encontrar a su émulo. Su familia dejó de esperarle en casa. Los compañeros le comunicaron en varias ocasiones, pues ellos también hacían sus guardias en el suburbano, que había sido cesado del cuerpo por el comisario, aunque ninguno se atrevió a acercarse para quitarle la pistola y la placa. Sólo una vez Ulloa se atrevió a pedírsela y, al no recibir respuesta, le preguntó:

—Por el amor de Dios, Anselmo, ¿hasta cuándo estarás aquí metido?

—Hasta que le encuentre.

Ulloa se dio media vuelta y se alejó, escuchando antes de salir el vagón:

—Hasta que lo encuentre y lo mate, Ulloa. No me busquéis hasta entonces.

Fue dos días después, y habiéndose registrado tres ataques más del loco del bisturí, cuando Sayabera escuchó de casualidad, por su ensimismamiento general, parte de la conversación de dos señoritas.

—Me aterroriza tener que coger la línea uno. Siempre voy pegada a las paredes y no me fío de nadie.

—Normal, mujer. Aquí abajo te encuentras a cada uno que... —señaló con los ojos a Sayabera, que si bien hasta hace unos días no lucía un aspecto del todo aseado, ahora parecía más un pordiosero que un inspector.

—¿Pues sabes? El otro día mi Antonio me dijo algo muy listo: si él fuese el loco del bisturí se escondería en la antigua estación de Chamberí, ¿te acuerdas?

—¡Ah, sí!, esa que cerraron hace unos años antes de las obras, ¿no?

En ese momento Sayabera desconectó de la conversación y enfiló la nueva línea de investigación, maldiciéndose por no comprobar él mismo un sitio tan evidente. Tenía suerte, pues en un par de paradas podría bajarse en la parada de Iglesia e intentar acceder a la estación cerrada. Huraño del mundo exterior, ya acostumbrado a vivir como las ratas, bajo suelo, decidió que ni siquiera intentaría cerciorarse de que el acceso estaba totalmente

bloqueado desde la ampliación del metropolitano. Esperó a que la mayoría de la gente apeada del tren se marchase y saltó a las vías. Un pequeño escalofrío le recorrió el espinazo cuando tuvo otra vez delante de él la gran boca negra del túnel subterráneo. Cogió aire y echó a correr justo cuando alguien le gritaba algo desde el andén. Lo ignoró y corrió, corrió como un loco el medio kilómetro que le separaba de la estación abandonada y saltó al andén del tirón.

Sólo una vez arriba, recuperando el resuello, se preocupó de sacar del bolsillo una pequeña linterna de petaca. Adquirió entonces una falsa seguridad, creyendo en su subconsciente que estaba mejor armado con esa linterna que con el revólver que ya empuñaba en su otra mano. Avanzó por los polvorientos andenes hasta internarse en el pequeño corredor que nacía en el centro, caminando extremadamente alerta y silencioso. Sus zapatos retumbaban como martillazos y por más que intentaba amortiguar sus pasos, el silencio del lugar se lo impedía. Dejó atrás las vías justo cuando el sonido de un convoy atravesando la estación fantasma lo petrificó, como si hubiese sido descubierto.

Sólo cuando el tren pasó de largo y el silencio comenzó a recuperar el terreno, se atrevió a continuar. Subió las escaleras muy despacio, midiendo cada pisada y escuchando con atención. Aquella estación estaba muerta... pero él sabía que le encontraría, que estaba allí escondido y que, con un poco de suerte, lo pillaría *in fraganti*. Fue en el momento en que se asomó a la recepción y vio las taquillas cuando sintió que la aversión a los cortes se revolvía en su interior y le empezaba a paralizar. Había luchado contra eso durante años, peleando contra la fobia de la manera más enfermiza posible, cortándose el mismo y así superar el trauma por la fuerza bruta. Sujetó de mala manera la pistola y la linterna en la misma mano, con el único propósito de acariciar de nuevo el bisturí de marfil que llevaba como amuleto en el bolsillo.

—Esta vez no huirás, desgraciado —susurró—. No escaparás... no...

Allí estaba, a punto de enfrentarse contra el origen de sus miedos, de sus pesadillas, de su decadencia. Empuñó con fuerza la pistola y apagó la linterna; tenía que acostumbrar sus ojos a la oscuridad para poder atacar por sorpresa. Esperó un par de minutos, con el corazón en un puño, antes de dar el siguiente paso y sobrepasar

la esquina. Se acercó sigiloso a la garita donde hacía ocho años el taquillero estaría en esos momentos atendiendo a los viajeros. Vigiló cada esquina penumbrosa, cerciorándose de que nada le atacaría a él por la espalda, y acarició el gatillo con la yema de sus dedos, preparándose para iluminar el interior de las taquillas.

Tomó aire, apretó el interruptor de la linterna y saltó hasta el ventanuco. De la emoción realizó dos disparos. Si hubiese estado allí el loco habría sido alcanzado sin remedio. Pero allí no había nada ni nadie; tan solo unos viejos boletos que volaban por la fuerza de los disparos.

Escuchó una risotada a sus espaldas, y girándose rápidamente para encarar a su enemigo, recibió un golpe en ambas manos que le hizo tirar tanto la pistola como la linterna, que golpeándose contra el suelo, se apagó. Toda la seguridad y determinación con la que Sayabera había llegado a la estación se esfumó en un instante. Con su único ojo útil aún deslumbrado, desarmado y vendido, rápidamente echó mano de su bisturí que atesoraba en el bolsillo. Lo empuñó tembloroso, y volvió a escuchar otra risotada del psicópata que retumbó en el alicatado de la estación. Le era imposible adivinar dónde se había metido.

Esta vez no se reservó para el final. El primer tajo fue idéntico al último. Un gran corte le cruzó el rostro y le cortó en dos el ojo, dejándole completamente ciego. Anselmo se llevó las manos a la cara y gritó de puro terror. La sangre se derramaba entre sus dedos y el ardor que jamás olvidó regresó para llevarle a un auténtico infierno de dolor. Se retorció con las rodillas clavadas en el suelo, a sabiendas de que estaba totalmente expuesto. Las cuchilladas no se dejaron esperar, la primera grande y profunda le cortó la gabardina, el suéter y la piel del hombro. Anselmo chilló horrorizado, y otro tajo más pequeño le sesgó el antebrazo.

—¡Maldito bastardo! ¡Cobarde hijo de puta! —increpó Anselmo con el corazón en la boca, aterrorizado sin saber dónde sería el siguiente corte.

Fue en la mejilla, y reabrió la vieja cicatriz que había lucido en señal de reto durante estos doce años. Herido en cuerpo y orgullo, intentó levantarse y dio algunos manotazos al aire, sin efecto alguno. Al contrario, sus muslos se abrieron en canal borboteando más y más sangre. De nuevo lanzó, impotente, los puños al aire, golpeando con uno de ellos los azulejos de la

pared, quebrándolo en pedazos y haciendo crujir sus nudillos. Recibió a cambio dos tajos más. Se echó para atrás, intentando escapar, pero resbaló con su propia sangre y cayó de bruces, golpeándose la cabeza contra el suelo. Indefenso, el psicópata se ensañó con él, cortando y despojando su ropa, dejándole desnudo y sangrando.

—Para... para... te lo suplico. —Anselmo se había rendido, y ahora clamaba piedad.

Pero entonces, con su presa capturada, el sádico se tomó más tiempo y calma para seguir hundiendo el bisturí en la carne del inspector. Con esmero y dedicación, paseaba la afilada hoja de la herramienta quirúrgica por todo su cuerpo, sin que Sayabera plantase ningún tipo de resistencia. Sólo lloriqueaba, ciego, ahogándose en el océano de su propia sangre.

Dos días después...

—Esto debe ser un error, no me lo puedo creer —dijo Ulloa con la cara desencajada y sosteniendo el informe que le acababan de proporcionar.

El forense hizo un gesto de desdén, como diciendo «es lo que hay». La incredulidad del inspector Ulloa lo forzó a remarcar los hechos:

—Se analizaron las huellas, el bisturí, los cortes... Fue él.

—¿De veras me está diciendo que Sayabera atacó a esas chicas? ¿Y que luego se cortó a sí mismo de aquella forma? ¿Me está diciendo que se rajó todo el cuerpo hasta morir desangrado?

—Los hechos son los hechos —dijo el forense, golpeando con sus dedos la carpeta marrón que contenía el informe.

Los ojos de Ulloa volaban a cada rincón del despacho, intentando comprender qué había pasado por la cabeza de Sayabera para que llegase a ese extremo. Recapituló los últimos años, cómo le había visto decaer, envejecer a velocidades inmorales, beber litros y litros de whisky, perder la cabeza día a día. Recapituló y meneó la cabeza.

—No. No debería extrañarme. Se obsesionó con ese loco y se convirtió él mismo en su peor enemigo. Y su enemigo lo despachó y remató... Joder.

En Madrid, en la primavera de 1959, se registraron durante varias semanas diversos ataques a señoritas, que fueron agredidas en el metro, siempre en la línea uno entre Atocha y Vallecas, sin ellas percatarse del ataque hasta pasado un buen rato, cuando los otros viajeros les señalaban que estaban manchadas de sangre o ellas mismas notaban la sangre correr por sus piernas, pues los cortes siempre se producían en las nalgas. Pronto los viajeros del metropolitano comenzaron a viajar con miedo, mirando de un lado a otro, sospechando de todo aquel que se acercase demasiado. Al ser examinados los cortes en las nalgas, se confirmó que, por su naturaleza y precisión, sólo podía haberse hecho con un bisturí y, además, empapado en anestesia para que las víctimas no sintiesen inmediatamente el dolor. La policía no tardó en movilizarse y aumentó drásticamente la vigilancia en andenes y vagones, pero los casos no desaparecieron. Pronto los crímenes reales tomaron tintes de leyenda cuando las mujeres afirmaban que habían sido atacadas al viajar solas en el vagón, sin que nadie se hubiese acercado. Fue cuando el loco del bisturí, nombre con el cual lo citaba la prensa, fue tachado de hombre invisible o fantasma, pues aunque se produjeron varias detenciones de sospechosos, los casos no se detenían. Finalmente, tan pronto como aparecieron, los crímenes se esfumaron sin explicación alguna.